


— Sergio Gómez Marín —

El ladrón de Momentos


Editorial Círculo Rojo



El ladrón de Momentos

Sergio Gómez Marín

A mis padres, por intentar que no caiga.
A mis sobrinas, por robarme la vida mientras caigo.
A mis hermanos y mi cuñada, por enseñarme a caer de pie.
A mi Luchi, por demostrarme cómo levantarme.
A mi abuela, porque si se cae, seguro que se ríe.

1

Quizá la vida no cumpla siempre con las expectativas pero es que, a veces, hay expectativas que nos dan la vida

La luz, que entraba por el resquicio de la puerta con una intensidad inusual, lo obligó a escapar de la cama de un salto. La noche anterior había dejado el ordenador portátil con la portada de su primera novela sobre la mesa de la cocina y, junto a él, un libro de un escritor estadounidense que había sacado prestado recientemente de su biblioteca favorita de Murcia, aquella que forma parte del antiguo Cuartel de Artillería y en la que, cuando alguien se introduce en su interior por primera vez, saborea el olor de una vetusta estación de ferrocarril del siglo XIX.

Tanto el título de aquella novela como los propósitos que se había marcado para ese año estaban predestinados a ir de la mano en aquel viaje sin destino.

“El lado bueno de las cosas”.

Autor: Matthew Quick

El tráfico había sido fluido hasta que la motocicleta llegó a la avenida Miguel Indurain. Como había ocurrido cada mañana a esa misma hora, desde hacía más de dos meses, los operarios de la empresa subcontratada por el ayuntamiento habían decidido cortar un carril de acceso para tratar de solucionar un problema de alcantarillado que no tenía visos de terminar antes del fin de los tiempos.

Sin embargo, a pesar de que llegaba tarde al trabajo por culpa de aquella interminable obra, estaba feliz, motivado e ilusionado. La mente de aquel joven había estado en plena ebullición creativa desde la noche anterior en la que, sin pedir permiso, la que se convertiría en la musa de

sus musas lo visitó en sueños y le robó el primer momento de muchos.

Pasadas las tres de la madrugada, vestida con una bonita blusa blanca, una falda negra y unas zapatillas Vans de color azul con decenas de estrellas estampadas que la hacían especial al resto de musas, su numen particular le hizo una revelación que cambiaría su historia para siempre.

No sabía decir si era alta o baja, rubia o morena. Lo único de lo que tenía total certeza era de que, cuando aquella figura femenina llegó, sintió tras de sí un rastro de purpurina que unida a la brillante luz que ésta desprendía, paralizó hasta el más ligero de sus parpadeos. Por eso, aún con los ojos abiertos como platos, abrazó su mirada, agarró su mano con fuerza y sonrió sin decir ni una sola palabra pese a que, en realidad, cada poro de su piel acaparaba las letras sin pronunciar como si le fuera la vida en ello.

Quizá la vida no cumpla siempre con las expectativas pero es que, a veces, hay expectativas que nos dan la vida.

Con ese mantra tatuado en su memoria, el chico volvió a la realidad. Casi había llegado a la fábrica de problemas cuando divisó, en el horizonte, la rotonda creada por el artista ciezano Pepe Lucas, ésa que une la avenida por la que circulaba con la carretera de Alicante. Aquel amasijo de hierros y pseudo-basura metálica que en principio se ideó para homenajear a los poetas había sido rebautizado por gran parte de la población, desde el mismo instante de su estreno, como *la Rotonda de los Extraterrestres*.

Una vez dejó atrás la extravagante estructura de metal, tan sólo un par de semáforos lo separaban de su ración diaria de obstáculos e inconvenientes. Preferiría estar en cualquier otro lugar. No le importaba si era frío o caluroso, playa, montaña o espacio exterior, si con ello conseguía hacer desaparecer las preocupaciones que desde hacía unos me-

ses lo habían asaltado al mismo ritmo con el que la alegría se alejaba de su ser.

El pequeño metacrilato amarillo que resaltaba el nombre de la revista y su temida puerta de los problemas lo recibieron, al contrario que en los últimos tiempos, con los brazos abiertos, ya que su mentora, amiga y jefa de fotografía, Elena Román, había vuelto al trabajo tras pasar seis meses de baja a causa de un accidente de tráfico en el que salvó la vida de milagro.

Elena Román, una mujer curtida en mil batallas y que había pasado media vida viajando por el mundo con una cámara de fotos sobre el hombro como única defensa, volvía para reencontrarse con su familia tras realizar un reportaje en Malí cuando, de repente, el conductor de un todoterreno perdió el control de su vehículo y embistió al taxi en el que regresaba a casa. Por fortuna, el taxista resultó prácticamente ileso y ella, a pesar de los quince días en coma, de las múltiples contusiones y de haber pasado varios meses ingresada en el Hospital Virgen de la Arrixaca, consiguió sobreponerse a la aventura más difícil de su vida.

—Con Elena de vuelta —reflexionó el joven— Rodolfo Botella volverá a su antiguo trabajo, dejará de acosarme y de amargarme la vida de una vez por todas y así, si tengo suerte, volveré a disfrutar con mi trabajo.

Pero las buenas noticias, a veces, no vienen solas. Al fondo de la amplísima oficina, en el espacio reservado para el departamento de Marketing y oculta tras cinco personas encerradas en sus pequeños cubículos -todas ellas intentando colocar a cualquier incauto un paquete de inserciones promocionales para el próximo número de la revista, la misma en la que él trabajaba como fotógrafo desde hacía un año-, la descubrió como se descubren algunas de las co-

sas más importantes de la vida: con un sobresalto del corazón.

De pronto, las cuatro paredes que sostenían aquel inmenso medio de comunicación comenzaron a acercarse unas a otras a gran velocidad como ocurre en esas películas en las que un arqueólogo mete la pata y pisa la baldosa equivocada. El aire disponible en el habitáculo -escaso, en opinión de sus necesitados pulmones- parecía escaparse por las rendijas del aparato de aire acondicionado, dejando al joven fotógrafo sin aliento a las nueve y ocho de la mañana.

Y todo porque allí estaba ELLA, con el rostro más bonito que había visto en su vida, con las piernas cruzadas y aparentemente nerviosa -a tenor del grado de degradación de lo que en su momento habría sido un currículum-, sentada en una de las sillas del hall de espera que había en el exterior del despacho de Goran Nilman, el flamante director de Recursos Humanos que la revista internacional *Geo-Life* había enviado a su nueva sede española.

Con pasos milimétricamente medidos se acercó, poco a poco, hasta el lugar en el que estaba aquella chica de melena rubia e intensa mirada, sacó su cámara de fotos y, a escondidas y sin mediar palabra, robó el momento en el que una dulce sonrisa aparecía de los labios de la joven que, vista desde cerca, tenía la expresión más transparente que había visto en su vida, sólo comparable con el agua que desciende desde las montañas más altas hasta un manantial natural.

Dos semanas después, la lluvia -que curiosamente no había dejado de caer durante los últimos días, algo extraño en una zona tan poco acostumbrada a recibir precipitaciones que sus gentes sólo utilizan los paraguas para protegerse del sol- al fin concedió a los habitantes de Murcia la tan esperada tregua, dejando vía libre al gigante amarillo

que desde el cielo volvía a gobernar sus dominios con un manto cálido.

Durante la agitada noche anterior, la musa de las Vans azules volvió a aparecérselo en sueños al joven fotógrafo y lo ayudó a planearlo todo.

Primero decidió crear una cuenta de correo electrónico bajo el pseudónimo de *Serendipity* y, consultando en la guía de direcciones de la empresa, encontró la que él necesitaba en un santiamén. A continuación le envió a ELLA un email donde le anunciaba el lugar en el que había un mensaje esperándola y, por primera vez en mucho tiempo, sintió la adrenalina divirtiéndose en el interior de sus conductos internos. La suerte estaba echada y, en unas horas, la verdad saldría a la luz.

En el centro de la ciudad, los pies de la estatua del Cardenal Belluga habían recibido, impasibles, la llegada de un sentimiento tallado en papel que, ahora, esperaba su oportunidad con una frase desnuda, muriendo por escapar de su prisión blanca para entrar en esa lista privilegiada de momentos que, ELLA, siempre ELLA, guardaba en su memoria junto a sus más preciados tesoros.

A unos metros de la estatua y con todo el tiempo del mundo, el chico se escondió en un duro banco de piedra a esperar y tuvo que reconocer que, en realidad, nunca había hecho algo así. Esperar. EsperarLA. Porque esperar conlleva que, quizá, lo que acontezca acabe sorprendiéndote a ti mismo y eso, en este momento, era algo que tenía que comprobar en su propia piel. Necesitaba, quería y soñaba con dejarse llevar.

La gente cruzaba por delante de él sin verlo, allí, esperando. Muchos de ellos caminaban con un rumbo claro y otros, quizá sin brújula, deambulaban, perdidos en sus propios pensamientos, imaginando cómo un trece de junio, el Día Internacional de... algo, se habían olvidado de sentir.

No era su caso. Tras unas semanas de emociones intensas, había entendido el mensaje. La vida no se planea; la vida se siente. Por eso, cuando la vio llegar desde su lejano aparcamiento, comenzó a robar el instante con su cámara de momentos.

Con curiosidad, la chica se aproximó hasta la nota que el chico había plantado con sumo cuidado bajo los pies del Cardenal. Miró a un lado y a otro intentando descubrir a la persona que la había citado allí pero, al no descubrir nada extraño, decidió agarrar el sobre blanco en cuyo anverso una sola palabra indicaba el destinatario del mismo.

- *Alba* -

De repente, el chico salió de entre las sombras y se situó a tan sólo un metro de la cara de la joven, descubriéndose ante la atenta mirada de ésta, que observaba la escena con claros síntomas de desconcierto.

Redirigiendo el interés al objeto que tenía entre sus manos, la chica extrajo la nota del sobre dirigido a ella, la leyó y releyó por segunda vez. No podía dar crédito.

- *Bienvenida, Princesa. ¿Vamos?* -

Alba inspiró con fuerza y comenzó a negar con la cabeza. Aunque en lo más profundo de su ser quería matarlo, la chica de melena rubia se acercó a él y, por primera vez desde que lo conoció, le sonrió con dulzura, provocando un cortocircuito con todas luces de su alma y de su corazón.

—Estás loco.

2

Intentar respirar cuando te han robado el aire

Oliviero Toscani -uno de los principales artífices de la expansión mundial que la marca de ropa *United Colors of Benetton* había experimentado desde finales del siglo XX- arrancó su intervención con una pregunta retórica, la misma que lo llevaba visitando cada noche desde que tenía uso de razón y que no desaparecía de su paladar hasta que lo graba adueñarse de su propio sueño.

—¿Quién ha robado este momento?

Aquel día no saltó ningún flash en el ilustre y abarrotado lugar en el que se desarrollaba la *III Jornada Internacional de Fotoperiodismo Responsable* que, como cada año, venía organizando la Universidad Católica de Murcia. En realidad no hizo falta porque el sol, más inquieto de lo habitual en esa época del año, arañaba cada rincón del impresionante monasterio barroco al que Matías Salgado y César Luna habían sido enviados por la revista *GeoLife* para que realizaran, respectivamente, una entrevista y un reportaje fotográfico del evento al que, según les habían asegurado, asistirían algunos de los personajes más relevantes del panorama periodístico.

De repente, mientras que el periodista seguía concentrado en tomar un par de notas en su envejecido cuaderno, un sonido proveniente del banco inmediatamente posterior sacó al fotógrafo de su propia ensoñación y removió todo su ser.

—Es increíble estar a unos metros de él, ¿verdad?

Reconoció la voz al instante. César Luna se giró lentamente, buscando apoderarse de cada palabra suspendida

en el aire que los envolvía, convenciéndose a sí mismo de que estaban solos y de que las otras quinientas personas presentes -incluyendo al aburrido de Matías Salgado, que no dejaba de escribir garabatos ininteligibles- no eran más que un espejismo provocado por el oasis emocional en el que se había convertido su vida desde que ELLA se había cruzado con el objetivo de su *cámara de momentos*.

—¡Qué sorpresa, Alba! ¿Tú no tenías hoy el día libre?

La chica, bajando la mirada de manera inconsciente, mantuvo el silencio más tiempo del necesario y con una sonrisa de compromiso lanzó una ojeada hacia el pasillo en el que un grupo de personas colocaba con esmero decenas de dulces variados que, en apenas veinte minutos, disfrutarían todos los asistentes al evento.

—He venido con Víctor. La UCAM ha encargado a la pastelería en la que trabaja el catering para esta jornada —explicó Alba, mirando directamente a los ojos del fotógrafo—. César, yo... —intentó tragar saliva, pero su garganta tenía otros planes—. Lo siento.

El joven percibió cómo las paredes del monasterio comenzaban a cerrarse sobre sí mismas, impidiendo que el oxígeno llegara con fluidez a sus pulmones. Aquella información lo había cogido desprevenido y su organismo seguía sin poder responder. Entendía lo que significaban esas palabras y, aunque sabía que por ELLA habría removido cielo y tierra, entendió que nada se podía hacer cuando vio que el mayor de sus miedos se materializaba a su lado con un delantal rojo bermellón.

—Tú debes de ser César, ¿verdad? —preguntó el recién llegado justo antes de lanzar con pasión un beso a los labios de Alba, que lo recibió con cierta tibieza—. Encantado de conocerte. Soy Víctor, el novio de Alba. He oído hablar mucho de ti.

El cerebro del fotógrafo sufrió un cortocircuito. De repente, el mundo en el que vivía le pareció demasiado pequeño y sintió que algo en su interior había colapsado cuando, inconscientemente, desvió la mirada hacia la gran pantalla en la que se reproducía la presentación de diapositivas que Oliviero Toscani había preparado para la ocasión. Allí, sobre un fondo blanco y en letras enormes, destacaba una frase que él mismo habría podido utilizar como *microhuella* en su próxima novela pero que, en ese momento, representaba una descripción fiel de su propia realidad.

— *Intentar respirar cuando te han robado el aire* —

No podía reprocharle nada a Alba porque, si lo pensaba, la chica había sido sincera desde el momento en el que le preparó aquella emboscada romántica junto a la estatua del Cardenal Belluga.

Sin pensar, su *alter ego* le había escrito en una nota "*Bienvenida, Princesa. ¿Vamos?*" y ella, sorprendida, lo había llamado "*loco*" con una sonrisa de las que enamoran justo antes de explicarle que estaba metida en una relación complicada con un chico al que quería mucho pero con el que, cada día, tenía menos cosas en común.

Habían empezado la relación seis meses antes. Víctor trabajaba en una pastelería cercana a su casa y, poco a poco, su amistad se convirtió en algo más. Alba, que siempre había sido una persona muy abierta, independiente y huidiza del amor, había sentido la llamada de Cupido por primera vez en su vida mientras que Víctor, que había abandonado sus estudios demasiado joven y se había convertido en una persona muy reservada y en un auténtico buscavidas profesional, había encontrado la manera de mantener a Alba a su lado con promesas que rara vez cumplía pero que, a pasos agigantados, iban erosionando la relación de pareja.

La chica no llevaba nada bien que Víctor pasara cada vez más tiempo en la pastelería y que, cuando tenía un hueco libre, prefiriera emplearlo con sus amigos del barrio antes que con ella, su novia, a la que apenas veía un rato los fines de semana.

A la dura situación había que sumarle que su mejor amiga, Lucía Mora, había comenzado una idílica relación con un policía que la trataba como ella se merecía... como una reina, haciéndole olvidar todos los fantasmas del pasado que siempre la habían atormentado. Sin embargo, aunque en el fondo y en la forma se alegraba inmensamente por ella, como se suele decir, las comparaciones son odiosas y no podía evitar pensar que ella también tenía derecho a sentirse así.

Tras caminar durante una hora y con el corazón tratando de escapar, Alba propuso descansar en un banco del Malecón, muy cerca de la histórica portada de la Casa del Huerto de Las Bombas. Al llegar allí se sentaron uno junto al otro y la chica comenzó a explicar que, según le había contado una vez su amiga Lucía, aquel monumento resistió intacto el ataque de las tropas del Archiduque Carlos de Austria en 1706.

El viento había vuelto a aparecer y, junto a él, una pelota que se estrelló en los pies de César. Éste, en un principio, se vio sorprendido por la avalancha de niños que lo abordaron en busca del preciado balón aunque, un instante después, miró al grupo que esperaba la pelota y, de un certero puntapié, la devolvió al lugar de origen.

—Esto sí es un ataque temible y no el del Archiduque Carlos de Austria —rió el fotógrafo, cada vez más cómodo con la chica a su lado—. Siento curiosidad... ¿Te explicó tu amiga por qué han colocado esta portada aquí?

A continuación, Alba arqueó una ceja y prosiguió su historia, recordando cada palabra que le había explicado Lucía la última vez que salieron juntas a pasear por aquel

bonito paraje que comunica el centro de la ciudad con la huerta de Murcia.

—Mi amiga Lucía me explicó que, en aquellos días, el asalto a la ciudad de Murcia era inminente y que el Cardinal Belluga parapetó su ejército en el interior de una casa noble -de la que únicamente se conserva dicha portada- y ordenó levantar los tablachos de la Contraparada para que el agua inundara la huerta, evitando, de este modo, el avance de las tropas de los austrias y permitiendo la defensa de la ciudad —comentó la chica ante la atenta mirada del joven que, sin que ella se diera cuenta, le había robado nuevamente una sonrisa con el objetivo de la cámara que llevaba adosada al corazón—. Entonces, ante el abandono de la casa por parte de los propietarios, el ayuntamiento, siglos después, decidió trasladar hasta aquí piedra a piedra esta magnífica portada para que todos los visitantes que pasen por la zona conozcan un trocito de nuestra historia.

César conocía la historia pero, aún así, la escuchó con tanta atención que no era capaz de despegar sus ojos de los de Alba, que se encontraba muy a gusto en su compañía. Tanto es así que cuando reemprendieron la marcha, la chica le confesó que estaba en un momento de su vida en el que necesitaba sentirse más querida cada día, cada minuto y cada segundo y que, en los últimos tiempos con Víctor, apenas recordaba por qué se enamoró de él.

De hecho, Alba también le reconoció que estaba pensando en dejarlo. No podía más y cada día se le hacía más cuesta arriba. Estaba demasiado cansada de luchar con todas sus fuerzas para que aquel barco atravesara la marejada y atracara en el puerto de forma segura. Al final, le dijo, cuando sólo una de las dos partes tira de una relación, ésta se resiente.

Pocos minutos después, sus caminos se separaban en el mismo lugar en el que se habían encontrado, junto a una

estatua rodeada de palomas que los controlaba con gesto regio. Cuando sus miradas se cruzaron por última vez aquel día, fue la chica la que comenzó a hablar.

—Me lo he pasado muy bien esta tarde, César. Me gusta hablar contigo. Muchas gracias por haber organizado todo esto por mí, de verdad, pero me has pillado en una época difícil y ahora necesito pensar con claridad —reconoció, forzando una sonrisa—. Nos vemos en la oficina, ¿vale?

César, que nunca había sido un experto en detección de señales femeninas, se acercó dubitativo a Alba y, cuando intuyó que la chica sólo le ofrecía su amistad, respondió con resignación.

—En la oficina... vale —el chico no pudo evitar un suspiro de decepción, que tan sólo le duró un segundo—. Oye, ¿y si me acompañas el lunes a la conferencia de Toscani?

—Elena me ha dado el lunes libre porque tengo que preparar el examen del martes. ¡Alguna ventaja debía de tener por ser becaria en prácticas! —reconoció Alba, guiñando un ojo—. ¡Hasta el miércoles! —le dio un beso en la mejilla y, sin esperar respuesta, emprendió el camino de vuelta a su coche, que había aparcado al otro lado del Río Segura.

—Hasta el miércoles... —respondió con la mano sobre su mejilla mientras observaba cómo la chica se alejaba por el horizonte.

Cuando la conferencia estaba a punto de finalizar, Matías Salgado abandonó su asiento y corrió, grabadora en mano, en busca de unas declaraciones de primer nivel mientras que, segundos después, un estrepitoso aplauso transportó al fotógrafo de vuelta al presente, sacándolo de aquel recuerdo cercano.

—Hola, Víctor —saludó César, poco efusivo—. Yo también he oído hablar de ti. Perdonadme, pero tengo que